



Capítulo 4 Los gobiernos radicales (1916-1930)

1

El gobierno de Hipólito Yrigoyen fue el primero del siglo que contó con apoyo popular. Su base social era amplia y heterogénea: lo apoyaban los inmigrantes (que de a poco habían ascendido socialmente y formaban una modesta clase media), los chacareros y pequeños propietarios agrícolas del litoral y, mayormente, esa gran mayoría de trabajadores estacionales o no sindicalizados, que desde el interior provinciano sintetizaban la honda tradición popular de lucha federal-provinciana. Naturalmente, encontraba la oposición de la gran prensa porteña que desdeñaba de la llegada del pueblo al gobierno y que, con su fino olfato de clase, así lo anunciaba...: "... Aparecieron en manadas los radicales del Parque, surgieron ´doctores´ y más ´doctores´ cuyas melenas cortadas en el cogote a filo de navaja y los cuellos altos, no siempre limpios, denunciaban larga ascendencia de pañuelo al cuello y pantalón bombilla. Las chinas, pintadas de albayalde, trepadas en sus tacones Luis XV, decoraban las antesalas y repartían miradas tropicales entre la canalla ensordecida, candombe pero que de negros, de mulatos. Color chocolate en los rostros y color chocolate en las conciencias"¹.

Si bien no logró cambiar la matriz productiva del modelo agroexportador, adoptó posiciones singularmente soberanas y tomó muchas medidas en favor de los más humildes, las cuales tendieron a democratizar parcialmente la renta agraria diferencial, hasta el momento sólo usufructuada por la oligarquía. En este sentido y de

¹ Valenti Ferro, Enzo (1934): *¿Qué quieren los nacionalistas?* Buenos Aires: Sin editor, página 12.



acuerdo a su contenido programático es que el yrigoyenismo puede caracterizarse como un nacionalismo agrario.

En materia de política exterior, sostuvo la doctrina de autodeterminación de los pueblos, la que llevó al natural restablecimiento de relaciones con los países hermanos de Nuestra América y a la autonomía en las relaciones internacionales. En lo referente a la política con las potencias, se destacó el mantenimiento de la neutralidad durante la Primera Gran Guerra, ya que resistió tanto a la presión de la gran prensa oligárquica, que pedía a gritos la integración al bando de los aliados, donde estaban Francia, Inglaterra y últimamente Estados Unidos, como a las movilizaciones nacionalistas que reclamaban fervorosamente por el bando alemán. Desde esta osada posición nacional propuso incluso la convocatoria a un congreso latinoamericano de neutrales, con lo que se ponía a la vanguardia desde la región, retirando luego a la delegación argentina de la Asamblea de la Liga de las Naciones, solo interesada en las sanciones imperialistas a Alemania que culminarán en el ruinoso Tratado de Versalles. El cambio de postura frente a América Latina fue también importante, ya que si hasta el momento la oligarquía daba la espalda a la región, solo interesada en sus relaciones comerciales transatlánticas, ahora se enviaban fuertes señales de autonomía e integración: se condonó la deuda pendiente que tenía el Paraguay respecto de la guerra de la Triple Alianza y se resistieron ciertos atropellos del imperialismo yanqui en República Dominicana, como el que culminó en el reconocimiento de la soberanía de Santo Domingo.

En términos de soberanía, se tomaron medidas muy importantes, que en parte anunciaban la nueva preocupación: la recuperación de tierras para el Estado Nacional, la institución de la Dirección Nacional del Petróleo, de la cual luego -ya bajo el gobierno de Alvear- surgirá Y.P.F., la creación de los vestigios de una Marina Mercante Nacional y la institución de un Banco de la República, que en los hechos buscaba cumplir las funciones de un Banco Central –



no como el que se creará en la década del '30, con mayoría accionaria extranjera-, es decir la independencia monetaria y crediticia como resortes de las políticas de Estado.

Párrafo aparte merece la política ferroviaria. Yrigoyen intentó la construcción del ferrocarril Trasandino del Norte, con lo que alterar el trazado general en clave semicolonial. Al defender el proyecto en el Senado, Yrigoyen afirmaba: “Las provincias del norte y del centro han carecido de una amplia puerta de salida, con un ferrocarril de capacidad y suficiencia económica hacia los inmediatos puertos del Pacífico: rumbo determinado por la naturaleza misma, y ruta preestablecida por el tráfico histórico (...) Nuestro extenso país ha conservado hasta nuestros días (...) la forma primitiva del solar colonial: un frente, el del Atlántico, y una sola puerta exterior, Buenos Aires, con un larguísimo fondo que llega hasta las proximidades del Pacífico y del Amazonas, sin salida alguna hacia ellos, en cuanto a tráfico comercial se refiere (...) Trátase pues, de “franquear las puertas de su liberación al Norte Argentino (...) a través de una independencia absoluta del Litoral. Esa es la razón de ser, en primer término, del ferrocarril Trasandino del Norte”². Como puede apreciarse, Yrigoyen tenía una cabal comprensión de dependencia y sumisión que implicaban los ferrocarriles que había construido el capital británico; así también el Congreso oligárquico, merced a lo cual obstaculizó el proyecto presidencial. Sin embargo, Yrigoyen desviaría fondos por decreto para la iniciación de su construcción, al tiempo que vetaría luego un intento del Congreso de traspasar un ferrocarril estatal a una empresa privada mixta, ya que “el servicio público de la naturaleza del que nos ocupa ha de considerarse principalmente como instrumento de gobierno con fines de fomento y progreso de las regiones que sirven”³

Asimismo, durante el gobierno se produjo el fenómeno –luego continental- de la Reforma Universitaria. Particularmente en nuestro

² Tristán, Lucía (1955): *Yrigoyen y la intransigencia radical*. Buenos Aires: Indoamérica, página 54.

³ *Ibidem*.



país, en 1918, estallaron protestas en la Universidad de Córdoba, que se extendieron luego a otras Universidades. Luchaban en contra de la influencia de la iglesia conservadora dentro de las facultades, que controlaban los contenidos dictados e impedían la libertad de cátedra. Reclamaban también la modernización científica, que la universidad fuera gratuita y, sobre todo, que estudiantes y docentes pudieran participar de las decisiones tomadas (cogobierno). Asimismo, exigían que la universidad fuese autónoma, que no dependiera de los gobiernos de turno. Esta reforma permitió el ingreso de la clase media a los estudios universitarios, hasta el momento reservados para los sectores más pudientes. Contó con el apoyo del gobierno, que en rigor la estimuló, pero muchos de sus dirigentes se revelaron como sus opositores políticos, en franca coincidencia con la oligarquía a la que en materia universitaria enfrentaban. Al respecto, Jauretche afirmó: “Para nosotros la Reforma Universitaria no fue otra cosa que la impronta en la Universidad de la llegada al poder del pueblo por el yrigoyenismo (...) Pero la reforma cayó en manos de dirigentes que expresaban el ala izquierda del pensamiento foráneo y en lugar de contribuir al desarrollo del pensamiento nacional, simplemente sustituyó la visión colonial de la oligarquía por la visión colonialista de la izquierda”.⁴

En materia institucional, durante toda su presidencia funcionaron las instituciones democráticas, fenómeno importante luego de años en que el fraude dirimía las leyes y las autoridades. También se aseguró la libertad de prensa y los derechos y garantías que figuraban en la Constitución, pero que en la etapa oligárquica eran permanentemente violados. Pero justamente por el estricto funcionamiento de esta institucionalidad –lema fundacional de la U.C.R- es que Yrigoyen encontrará problemas insalvables, uno de los cuales fue la presencia de una oposición con mayoría en el Congreso. La oligarquía conservaba la mayoría de las bancas y, acantonada allí, impedía sistemáticamente el avance del gobierno.

⁴ Jauretche, Arturo (2011): *FORJA y la década infame*. Buenos Aires: Corregidor, página 71.



Fueron innumerables los proyectos de ley rechazados; su mera compilación ilustra acabadamente sobre la transformación general de la sociedad propuesta por Yrigoyen: salud pública, defensa nacional, justicia, comunicación, política internacional, previsión social, educación, política económica, códigos de trabajo, riqueza nacional⁵. En la mayoría de los casos, el presidente aceptó esta “institucionalidad”, que en los hechos expresaba el poder de la oligarquía en la defensa de sus privilegios, pero en otros temas –los menos- operó de modo más pragmático. Por ejemplo, en las múltiples intervenciones de provincias que el Estado llevó a cabo durante estos años, mayormente contra caciques conservadores que resistían las resoluciones nacionales.

Un aspecto pendiente será el desarrollo industrial, clave para la desarticulación del modelo agro-exportador. Su posibilidad careció en principio del actor social necesario e imprescindible, como era una pujante burguesía, que solo asomó tibiamente al calor del proteccionismo forzado que suscitó la Primera Gran Guerra. Y el estímulo estatal pecó también, como en tantos otros aspectos, de la falta de mayorías parlamentarias, y así que muchos proyectos de índole proteccionista acabaron sin tratamiento en el Congreso con mayoría oligárquica.

4.1 Las contradicciones del gobierno democrático: la represión a los trabajadores

En un contexto general de avance para los sectores populares, uno de los grupos sociales beneficiados fueron los chacareros, para quienes se establecieron mejores condiciones para el alquiler de las tierras, donde éstos vivían y trabajaban. Asimismo, el gobierno estimuló las negociaciones colectivas con los sindicatos,

⁵ Etchepareborda, Roberto (1952): *Yrigoyen y el Congreso*. Buenos Aires: Raigal, páginas 27 a 33.



sobre todo con los industriales que, enrolados mayormente en la corriente sindicalista, lograron la promulgación de los primeros convenios colectivos de trabajo, que no sólo formalizaban la actividad, sino que otorgaban derechos a los trabajadores. En este sentido, la oligarquía se espantará por la sola presencia de representantes de trabajadores en la casa de gobierno. A su vez, desarticuló las bandas policiales que acostumbraban a reprimir cualquier protesta social, sobre todo sindicales, para las que apeló, en la gran mayoría de los casos, a la negociación. Sin embargo, se produjeron dos grandes represiones, por donde se las mire nefastas para la historia argentina.

Por un lado, la “Semana Trágica”. En 1919, en la ciudad de Buenos Aires, los trabajadores de los talleres metalúrgicos Pedro Vasena Sociedad iniciaron un conflicto por el reclamo de reducción de 11 a 8 hs. de trabajo. La empresa respondió despidiendo a varios delegados sindicales. Mientras se debatían en un conflicto los que querían continuar la huelga y los que deseaban levantarla, intervino la policía y asesinó a 4 trabajadores. Se produjo así una huelga general y, en la caravana fúnebre, intervino el ejército, que descargó una fuerte represión donde murieron alrededor de 400 obreros. Este trágico episodio contó con la participación de grupos nacionalistas parapoliciales que agitaban la represión, con la conducción sindical anarquista que confrontaba directamente, con la cesión de parte del presidente Yrigoyen a las presiones de los grupos conservadores que pedían mano dura y con el lamentable accionar del ejército que desató una masacre en medio de un cortejo fúnebre.

Una similar distribución de fuerzas y posiciones se dará en la represión que tuvo lugar en La Forestal, más olvidada por la historia, pero también parte del saldo represivo en que se encontró inmerso el contradictorio radicalismo, que en esta materia estuvo siempre atrapado entre las presiones del conservadurismo y la agitación de los movimientos de izquierda.



Por último, también ocurrió la "Patagonia trágica". Entre 1921 y 1922 se produjeron huelgas de los peones rurales contra los poderosos estancieros de la Sociedad Rural Argentina (S.R.A.). El presidente Yrigoyen envió entonces al coronel Varela a conciliar y éste logró celebrar un acuerdo. Pero al poco tiempo los patrones incumplieron lo pactado y los trabajadores volvieron a la huelga. Ante esta situación, el presidente envió nuevamente a Varela, pero en esta ocasión el coronel se decidió por la represión y los enfrentamientos se precipitaron. Según las distintas fuentes, resultaron fusilados cerca de mil trabajadores, completando así el radicalismo su saldo trágico y represivo como "resolución" a ciertos conflictos laborales.

7

4.2 El gobierno de Alvear y la escisión anti-personalista

Cuando el gobierno estaba llegando a su fin, Yrigoyen, que no podía ser reelecto, decidió postular a Marcelo Torcuato de Alvear, un hombre que en esos años estaba realmente ajeno a la política y dedicado, desde su cargo de embajador en Francia, a deleitarse con las nuevas modas parisinas. Tal vez Yrigoyen pensó que, al carecer de poder propio, podría "orientarlo" en la continuación de la tarea; como reaseguro, colocó a Elpidio Torres, un hombre de su confianza, en la vicepresidencia. Alvear, que durante la campaña electoral se quedó en París, triunfó cómodamente en las elecciones de 1922, captando la popularidad del caudillo.

Pero a poco andar, el gabinete de Alvear fue cooptado por tendencias conservadoras del radicalismo que, para 1924, crearían la fracción anti-personalista de la U.C.R., diferenciada de Yrigoyen por su presunto carácter autoritario y unipersonal. Si bien Alvear no conducía a los anti-personalistas, lo cierto es que el sector ganó poder dentro del gobierno, sobre todo apropiándose de los cargos públicos que antes monopolizaba el yrigoyenismo. Además, el



acercamiento del Alvear a la oligarquía constituía de hecho un alejamiento de los diputados yrigoyenistas y, indirectamente, un acercamiento a los anti-personalistas. De todos modos, Yrigoyen sugería a sus compañeros que “rodeasen a Alvear” y que no apostaron a la formal ruptura que conllevaría a la escisión definitiva del partido. El radicalismo experimentaba así un giro a la derecha, retrocediendo en parte respecto de las medidas populares tomadas por Yrigoyen.

En este sentido, se intervinieron las Universidades del Litoral y Córdoba. Se produjo el ingreso a la Liga de Naciones (liderada por EEUU), en una muestra de total indiferencia frente a la invasión en Nicaragua por EEUU. En materia social, Alvear derogó la ley de precios máximos, ajustó jubilaciones, suprimió el salario mínimo a los trabajadores estatales y quitó la obligación de pago en moneda nacional de los salarios. El presidente, de modos “parisinos”, ahora recogía el buen trato de la gran prensa, se alejaba de las parroquias radicales de los suburbios y se mostraba repetidamente en ceremonias e inauguraciones oligárquicas.

Naturalmente, mantuvo inalterada la lógica agro-exportadora y, en lo que respecta a su orientación económica, cruzó algunas medidas del pasado como excesivamente proteccionistas, demostrando un perfil liberal que se afianzará con la asunción –al año de gobierno- del ministro Molina. A pesar de haber transitado una bonanza en los precios internacionales de nuestros productos exportables, retomó el camino de endeudamiento externo que Yrigoyen había intentado abandonar.

Ante las resistencias que generó este giro a la derecha, que desnaturalizaba al movimiento, la UCR volvió a posicionar a Hipólito Yrigoyen para las elecciones de 1928. En su calidad de líder popular indiscutido, ganó las elecciones y accedió a su segunda presidencia. Sin embargo, sólo conservará el gobierno por dos años.



4.3 El segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen

El gobierno se enfrentaba hacia 1928 con un gran desafío político: retomar las banderas del movimiento popular y profundizar el camino iniciado en 1916, abandonado por el radicalismo alvearista. Así lo expresaba Yrigoyen en su mensaje al Congreso del 24 de mayo de 1929, afirmando que uno de los principales objetivos era avanzar en la legislación social. La sanción de la ley 11.544 que instauró la jornada laboral de 8 horas fue ejemplo de la decisión política que existía para hacerlo.

Sin embargo, una de las limitaciones del yrigoyenismo fue no modificar las bases del sistema productivo argentino. El carácter agrario de nuestro país (salvo la incipiente sustitución de importaciones provocada por la primera guerra mundial) seguía en pie. Por esto, la crisis económica mundial de 1929 nos golpeó en forma directa y trágica. Al caer las exportaciones de materias primas se debilitaron los ingresos del estado, disminuyendo la inversión, las obras públicas, y aumentando el desempleo y la pobreza.

Con respecto a la política económica interna, procedió a congelar los alquileres y arrendamientos y, en una medida que afectaba el "libre-hacer" oligárquico, frenó la fuga de divisas mediante el cierre de la Caja de Conversión. En este contexto, el gobierno presentó el proyecto de Ley de nacionalización del petróleo. El mismo generó una intensa polémica que se expresaría en los principales medios de comunicación y en los debates en el Parlamento. La Ley se entrometía con los intereses de las empresas extranjeras que usufructuaban este indispensable hidrocarburo, pero también afectaba a los aliados internos que lo explotaban en su beneficio⁶.

⁶ En caso de sancionarse pondría fin, por ejemplo, al acuerdo de la Provincia de Salta con la Standard Oil.



En este contexto, la oposición cerró filas en el Senado y logró, como tantas veces contra Yrigoyen, frustrar la sanción de una ley importante. Otro importante proyecto de ley “congelado” en el Congreso fue el que buscaba aumentar los impuestos a las tierras ociosas. El parlamento, que continuaba siendo el espacio donde la oligarquía se acantonaba para frenar el avance del proyecto popular, se coaligaba ahora con la prensa hegemónica para generar condiciones de desestabilización.

Pero aún existía una posibilidad de cambiar esta situación: se avecinaban elecciones legislativas en Mendoza y San Juan y todo parecía indicar que el resultado sería favorable al yrigoyenismo, permitiendo alcanzar por primera vez la mayoría en el Senado. Las tan ansiadas elecciones estaban programadas para el 7 de septiembre. Sin embargo, septiembre aún estaba lejos. En el mes de agosto las críticas en los principales diarios recrudecieron y aparecieron varias solicitadas denunciando la inoperancia, el autoritarismo y el atropello del gobierno nacional a las instituciones republicanas. Como ocurrirá a menudo en nuestra historia, la derecha golpista se disfrazaba de defensora de los valores democráticos para romper, paradójicamente, el orden democrático. Y como también ocurrirá en nuestra historia, desde la izquierda -tanto comunistas como socialistas- se coincidía con la oligarquía en las críticas implacables al presidente.

Hacia el 2 de septiembre los rumores de golpe de estado circulaban ya en todo el país. Yrigoyen confiaba empero en la lealtad de las fuerzas armadas y consideraba que se trataba de una maniobra más de desestabilización. El 4 de septiembre murió un joven durante la represión a una movilización estudiantil; se precipitaron los hechos. Finalmente, el 6 de septiembre de 1930 fue derrocado el gobierno nacional de Hipólito Yrigoyen.

Arturo Jauretche, al analizar los acontecimientos de estos días, afirmó: "Yrigoyen nunca tuvo Senado. Por primera vez iba a tener mayoría en 1930, entrando los senadores de San Juan y



Mendoza para sancionar la ley del petróleo. La elección –fraudulenta, es cierto- era el 7 de septiembre. La revolución fue el 6, creo que las fechas lo están diciendo todo”.⁷ Efectivamente, la oligarquía recurrió a las fuerzas armadas como guardianas de sus intereses y el 6 de septiembre se produjo el golpe de Estado. El radicalismo, entreverado en sus moralinas republicanas, dejó morir parte sustancial de su proyecto transformador en el Congreso oligárquico y frustró así la posibilidad de ensanchar su base social, indispensable para un avance más decidido.

A pesar de estas limitaciones, el yrigoyenismo fue el primer movimiento de masas, nacional en su defensa de intereses político-estratégicos y populares en su composición social.

⁷ Jauretche, Arturo (2002): *Escritos inéditos*. Buenos Aires: Corregidor, página 49.